

El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Pedro: ¡Hola!

Hoy en toda la Iglesia celebramos el Jueves Santo. No es un recuerdo de algo que pasó hace mucho, sino que lo vivimos en el tiempo de Dios.

Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús sabe que ya llegó su hora de pasar de este mundo al Padre. Él que ama a los suyos que están en el mundo, los ama hasta el extremo. Y eso es lo que vamos a ver, cómo Jesús nos va a mostrar que nos ama más que nadie.

Durante la cena, el diablo ya puso en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de traicionar y entregar a Jesús. En el fondo, es el diablo el que quiere hacer que los hombres nos separemos de Dios y no cumplamos con el plan de amor que Él tiene para nosotros.



Durante la cena, el diablo ya puso en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de traicionar y entregar a Jesús. En el fondo, es el diablo el que quiere hacer que los hombres nos separemos de Dios y no cumplamos con el plan de amor que Él tiene para nosotros.

Jesús sabe que el Padre le puso todo en sus manos. Él tiene la libertad para dar su vida o para no darla, para hacer suyos los pecados de todos o no hacerlo. Y Él decide dar su vida. Jesús que ha salido de Dios, a Dios vuelve. A través del paso de su muerte y su resurrección.

Se levanta de la mesa. Se quita sus vestidos. Toma una toalla y se la ciñe. Echa agua en una palangana y se pone a lavar los pies de nosotros, sus discípulos. Y nos los seca con la toalla con que está ceñido.

Esto es sorprendente. Pues solo los esclavos tienen el deber de lavar los pies de sus amos. Pero ni siquiera un esclavo judío tiene que lavarle los pies a su amo, pues los dos son del pueblo de Dios. Con esta actitud, Jesús muestra un abajamiento que nadie había tenido.

Llega a mí y yo le digo: “¿Señor, tú me lavas a mí los pies?”. Es decir, ¿Tú te pones como mi esclavo? Jesús me responde: «Lo que Yo hago, tú no lo sabes ahora, pero lo sabrás después». En ese momento yo solo veo una humillación terrible de Jesús, pero no comprendo que es signo de algo más profundo. Por eso le digo: “No me lavarás los pies jamás”. Jesús me responde: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Tener parte con Jesús es lo que yo más quiero, ser parte de su grupo, estar con Él, escucharlo y aprender de Él.

Por eso le digo: “Señor, no solo mis pies, sino las manos también y la cabeza”. Jesús me dice: «El que está lavado, no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio. Y ustedes están limpios, pero no todos».

Yo lo que entiendo, es que todos ya estamos limpios, pues todos nos bañamos para estar listos para celebrar la Pascua. Y lo único que tenemos sucios son los pies, por el polvo del camino. Por eso Jesús nos los va a lavar. Pero estas palabras también tienen un significado más profundo.

Jesús no habla del baño, sino de la pureza del corazón, que tenemos casi todos los discípulos, menos Judas que lo va a entregar. El estar con Jesús y escuchar sus palabras nos ha limpiado.

Como Jesús sabe quién lo va a entregar, dice: «Y ustedes están limpios, pero no todos».

Aunque Judas ha estado con Jesús, no dejó que sus palabras lo cambien. No lo acepta en su corazón. Por eso él no está limpio.

Después de que nos lava los pies, toma sus vestidos. Vuelve a la mesa y nos dice: «¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman 'el Maestro' y 'el Señor', y dicen bien, porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como Yo he hecho con ustedes».

La verdad es que yo no entiendo nada, sino hasta después de que Jesús muere y resucita. Jesús nos lavó los pies, no como un signo de humillación, sino de amor extremo. Él, con tal de mostrarnos que nos ama tanto, está dispuesto a dejarlo todo, incluso su propia vida y ponerla al servicio de los demás. ¿Cuál es el mejor servicio que Jesús nos puede dar? Purificarnos, eso es, limpiarnos de nuestros pecados y tener parte con Él. Esto es, poder estar con Él, donde Él está, con su Padre.

Y por eso se necesita el agua, que es símbolo de la presencia del Espíritu Santo. Es quien nos da la vida nueva, la vida en Dios.

Erika María Padilla Rubio

Héroes entre nosotros



Yo soy San Vicente Ferrer. Nazco en 1350 en Valencia, España. Mis papás me enseñan, desde muy chico, a tener una gran devoción a Jesús y a la Virgen María. Y un gran amor por los pobres. Yo reparto las limosnas que mi familia da. Así nace en mí, el amor a ayudar a los que lo necesitan. Me inculcan a hacer una mortificación cada viernes, en recuerdo de la Pasión de Cristo. Y cada sábado, en honor de la Virgen Santísima. Esto lo hago toda mi vida. Es dejar de comer algo que me gusta, para decirle a Jesús y a la Virgen que los amo más que a mí mismo.

Me hago religioso en la Comunidad de Padres Dominicos.

Por ser muy inteligente, a los 21 años, ya soy profesor de Filosofía en la universidad.

Soy solo diácono y me mandan a predicar a Barcelona. La ciudad pasa por un tiempo de hambre. Los barcos con alimentos no llegan. Una tarde, en un sermón anuncio que esa misma noche van a llegar los barcos con comida.

Al volver al convento, el superior me regaña por decir cosas de las que yo no puedo estar seguro que van a pasar. Pero esa noche llegan los barcos. Al día siguiente el pueblo va al convento. Y los superiores me trasladan a otra ciudad para evitar desórdenes.

Yo estoy muy triste, porque la Iglesia Católica está dividida entre dos Papas y hay mucha desunión. Tanto así, que me enfermo y estoy a punto de morir. Pero una noche se me aparece Nuestro Señor Jesús, junto con San Francisco y Santo Domingo de Guzmán. Me da la orden de predicar por las ciudades, los pueblos, los campos y los países. Y de inmediato recupero la salud.

Por 30 años, recorro el norte de España, el sur de Francia, el norte de Italia, y Suiza. Predico sin descanso y con muchos frutos.

Los primeros convertidos son judíos y moros. Dicen que a través de mis palabras, Dios convirtió a más de 10,000 judíos y 10,000 musulmanes en España. Y eso que dicen, que no hay gente más difícil de convertir al catolicismo que un judío o un musulmán.

Mucha gente se reúne para oírme, a donde quiera que yo llego. Tengo que predicar en los campos, porque la gente no cabe en los templos. Hasta 15,000 personas se reúnen para oírme.

Dios me da una voz sonora, fuerte y llena de matices. Y una pronunciación muy clara. Eso permite que me oigan y me entiendan a más de una cuadra de distancia.

Mis sermones duran casi siempre más de dos horas. Pero la gente no se cansa ni se aburre. Porque sé hablar con mucha emoción, de temas tan interesantes y con frases tan propias de la Biblia, que a cada uno le parece que el sermón está hecho para él.

Antes de predicar, rezo cinco o más horas, para pedir a Dios la eficacia de la palabra. Así, los que me escuchan se transforman al oírme.

Duermo en el puro suelo. Ayuno muchas veces. Y me traslado a pie de una ciudad a otra. Los últimos años me enfermo de una pierna y me voy cabalgando en un burrito.

Muchos predicán, solo para agradar a la gente. En cambio, yo no quiero lucirme, sino convertir a los que pecan.

Gracias a Dios, mi voz puede llegar a lo más profundo del alma.

Gentes que se odiaban, se perdonan y se abrazan.

Gente metida en vicios, se confiesa.

Voy con muchos sacerdotes para confesar a los arrepentidos.

Al terminar de predicar en un lugar, me siguen dos grandes procesiones.

Una de hombres, que rezan y lloran. Y llevan una imagen de Cristo Crucificado. Y otra de mujeres que alaban a Dios y llevan una imagen de la Santísima Virgen. Estos dos grupos van conmigo hasta el siguiente pueblo. Ahí me ayudan a organizar la misión. Con su buen ejemplo conmueven a los demás.

La gente se lanza hacia mí para tocarme. Para quitarme pedacitos del hábito y llevarlos como reliquias. Por eso, un grupo de hombres me rodea y me protege con maderos y tablas.

Yo le hablo a la gente de recibir los santos sacramentos de la Confesión y de la Comunión. De lo grande que es la Santa Misa, de santificar las fiestas y evitar el pecado. Les hablo de la muerte, del Juicio de Dios, del Cielo y del infierno que nos esperan.

Muchas veces tengo que parar mi sermón, por los gritos de la gente, que le pide perdón a Dios.

Pero el tema del que más hablo es del Juicio de Dios, que nos espera a todos. Repito muchas veces el aviso de Jesús: "He aquí que vengo, y traigo conmigo mi salario. Y le daré a cada uno según hayan sido sus obras" (Apocalipsis 22, 12). "Los que han hecho el bien, irán a la gloria eterna y los que se decidieron a hacer el mal, irán a la eterna condenación" (Juan 5, 29).

A las señoras que pelean mucho con su marido, les doy un frasquito con agua bendita. Les digo: "Cuando su esposo empiece a insultarla, tome un poco de esta agua y no se la pase mientras el otro no deje de ofenderla". Y esta famosa "agua de Fray Vicente" tiene efectos increíbles. Como la mujer no le puede contestar al marido, no hay peleas. Quiero que este consejo te sirva en la escuela o en tu casa. Porque lo que hace la pelea no es el insulto que se oye, sino el insulto que se responde.

Dios me concede ver muchos milagros. Uno de ellos es que la gente me entiende en otros idiomas, aunque yo solo hablo en español y en latín.

A pesar de la gran fama que tengo y de las alabanzas que me dan en todas partes, Dios me permite poderme ver a mí mismo, como el más pequeño. Pienso en Jesús, que Él siendo el Hijo de Dios, se ciñó la toalla y se puso a lavar los pies de sus apóstoles.

Yo digo que mi vida no ha sido, sino una cadena sin fin de pecados. Repito: "Mi cuerpo y mi alma no son sino una pura llaga de pecados. Todo en mí tiene la fetidez de mis culpas". Es decir, el mal olor de mis pecados. Pues comparado con el amor purísimo de Dios, yo estoy todo lleno de manchas.

Los últimos años, me enfermo y me tienen que ayudar a subir al sitio donde voy a predicar. Pero apenas empiezo la predicación me transformo. Se me olvidan las enfermedades y predico con el fervor y la emoción de siempre. Es como un milagro. Durante el sermón no parezco viejo ni enfermo, sino lleno de juventud y de entusiasmo.

Muero en plena actividad misionera, el Miércoles de Ceniza. El 5 de abril de 1419.

Son tantos los milagros que Dios me permite ver por mi intercesión y tan grande la fama, que el Papa me declara santo a los 36 años de haber muerto. En 1455.

